

Aparte de ser una excelente traducción, la obra viene surtida de un elenco de notas aclaratorias que enmarcan el estudio, facilitando la comprensión del autor en cuestión. Un interés más a sumar a los anteriormente mencionados es la nota bibliográfica de obras del autor así como de estudios acerca del mismo que facilitan una posible profundización en la filosofía personificada por La Mettrie.

Finalmente parece necesario hacer mención de la biografía que nos ofrece el traductor: ésta, aunque es escueta, responde perfectamente a los datos que se conocen de La Mettrie, que en realidad no son demasiados por lo que no hay que acusar de incompleto o pobre este breve apunte biográfico.

Eulalia GONZÁLEZ URBANO

BARÓN D'HOLBACH: *Sistema de la Naturaleza*. Edición preparada por José Manuel Bermudo. Editora Nacional, Madrid, 1982, 631 págs.

Ni el olvido ni el desprecio de dos siglos logran expulsar a Paul-Henri Thiry, barón d'Holbach, del santuario filosófico. Simplismo y ramplonería son ya tópicos acostumbrados. Ciertamente es difícil valorar el alcance, la originalidad y la fecundidad de sus ideas, pero el hecho mismo de su sobrevivencia despierta en nosotros un interés más que histórico y aún el temor inconfesado de no haber hecho justicia. Y porque se impone una tarea de desescombro y de estudio, recibimos con alegría la nueva edición castellana del *Sistema de la Naturaleza* a cargo de José Manuel Bermudo, profesor de Historia de la Filosofía Moderna y Contemporánea en la Universidad de Barcelona. Está vertida de una reimprección de Slatkine Reprints (Ginebra 1773) de la original de Londres de 1770, a la que se añade un «Discurso preliminar» a menudo atribuido a Naigeon. Es la primera vez que la obra cumbre del barón se publica en nuestra lengua desde la edición de 1822.

En ocasiones se dice que d'Holbach es un fenómeno aislado y no representativo en el seno de la Ilustración. Pues bien, esto no es del todo cierto. Es evidente que sus ideas germinan con los materiales que le da la época, pero la presencia de ésta hay que rastrearla a niveles más fundamentales. El mismo grito de autoafirmación, la misma rebeldía, la felicidad del hombre por la razón... Es el espíritu del siglo que, en d'Holbach, adquiere una radicalidad casi extrema. El materialismo ateo no es una salida frecuente y en este sentido sí ocupa un lugar aparte frente a sus contemporáneos. No obstante, el *Sistema de la Naturaleza* ha de leerse desde el ideal ético-práctico, de escaso contenido especulativo, que constituye la esencia del Siglo de las Luces.

A través de una síntesis de los conocimientos positivos del momento, organizados en un sistema que constituye la filosofía misma, d'Holbach muestra cómo la felicidad sólo se alcanza por el estudio de la Naturaleza. Este concepto, más antropológico que cosmológico, funciona con todo el peso de su ambivalencia: a la vez positivo y normativo, indica tanto lo que es necesariamente como lo que debería ser. Así se obvia el recurso a la trascendencia divina y se traduce en la idea-límite del determinismo universal. Las leyes determinantes de la naturaleza humana son también leyes de perfección porque el hombre no tiene otra finalidad que el cumplimiento de su propia naturaleza.

La obra está dividida en dos partes. La primera es expositiva; la segunda es una crítica contra toda filosofía que no se base en la experiencia, en especial, contra cualquier forma de religión.

Respecto a la primera parte hay que comenzar señalando que el sistema entero se sostiene sobre la identidad Verdad-Bien-Felicidad. La enorme confianza en la razón va pareja a la conciencia de sus límites. El conocimiento del hombre es relativo a sus propias exigencias y a sus propios medios, sólo viene dado por la experiencia y no llega jamás a la esencia de las cosas. Pero basta a alcanzar la verdad, la única que puede interesarle, que le permite dominar la Naturaleza en pro del bienestar y el progreso; en resumen, que es suficiente para hacerle feliz y virtuoso.

D'Holbach, como en general todo el siglo XVIII, no está en condiciones de abordar el problema crítico y acepta el sensualismo de Locke y Condillac sin cuestionar sus fundamentos. Propugna un realismo espontáneamente afirmado por los sentidos y confirmado por la experiencia y la razón, constituyendo así una de las armas más poderosas en la gran ofensiva contra la metafísica y la teología. Por otro lado, dota al método newtoniano de unidad y universalidad; y la ciencia, pensada como un todo unitario, se convierte en el único saber auténtico.

Reparemos ahora que esta identidad de método y de ciencia descansa sobre una tesis básica: la *homogeneidad íntima de la Naturaleza*, que d'Holbach (en franca oposición al dualismo cartesiano) lleva a su aspecto estrictamente físico. El universo no es más que la combinación variada de materia y movimiento. *Materia es todo lo que tiene una existencia sensible. No es sólo extensión, pues se le atribuyen unas cualidades propias de carácter físico-químico (materialismo naturalista, no geométrico), y le es inherente y esencial el movimiento. Este se concibe como energía y la diversidad de las energías físico-químicas se reducen a un sólo tipo de fuerza: la ley de la atracción de lo mismo por lo mismo. Así generalizada, la ley de Newton encubre una visión propiamente química del movimiento que d'Holbach formula en terminología spinozista: la perseverancia del ser en su existencia.*

El universo entero está así sometido a un determinado absoluto. Para los padres de la ciencia moderna, el orden y la sabiduría de la Naturaleza era un camino hacia el Creador. Ahora el imperio de las leyes rechaza toda intervención sobrenatural. La materia es una causa, no un efecto, y existe desde siempre. No queda ni rastro de finalismo en la Naturaleza. El orden, en sentido riguroso, no es sino la necesidad enfocada en relación a la cadena de acciones. Por tanto, en la Naturaleza no hay ni orden ni desorden. Sólo respecto a los estados en que los seres particulares se encuentran cabe utilizar estos términos.

El hombre, fin directo del pensamiento holbachiano, también está incluido en el mecanismo universal y las leyes físicas le son igualmente aplicables. Se opera una reducción de los fenómenos vitales y mentales a los fenómenos físicos: la vida se interpreta en clave físico-química y el pensamiento en clave fisiológica. D'Holbach no ve en el alma otra cosa que el cuerpo mismo, considerado relativamente a algunas de sus funciones o facultades, y elabora una mecánica abstracta de las mismas apoyándose en el asociacionismo.

La naturaleza humana está organizada de tal modo que su deseo fundamental es sobrevivir y ser feliz; y la experiencia y la razón muestran que, para lograr ese objetivo, es preciso ser virtuoso procurando la felicidad ajena. De es-

te modo los deberes morales se deducen del conocimiento de la naturaleza humana y de sus leyes y no necesitan de ningún Dios. La ética concierne, pues, al comportamiento del hombre físico desde el punto de vista de esos fines y, al estar fundada en la razón, tiene garantías de universalidad.

Como consecuencia lógica, d'Holbach ataca dos de los «prejuicios» más arraigados en el hombre: la libertad y la inmortalidad del alma. Con ello se opone, no sólo al cristianismo, sino a toda doctrina de lo sobrenatural, incluidos los deísmos y teísmos de los filósofos. En él es una verdadera obsesión.

Esta crítica se radicaliza en la segunda parte del *Sistema de la Naturaleza* mezclando argumentaciones de distinto signo. Las ideas teológicas son efecto de la ignorancia de las causas naturales, de hacer actuar la imaginación en lugar de la experiencia y de la maldad de aquéllos a los que interesa mantener al hombre en la superstición. Son conceptos huecos (como todos los de la metafísica), sin correlato objetivo, y en especial la idea de Dios, que es el resultado de un proceso antropomórfico. Finalmente, acudiendo al tribunal de la utilidad social, la religión no sólo no sirve para fundar una moral, sino que incluso es la causa directa de casi todos los males sociales.

D'Holbach corona el *Sistema de la Naturaleza* con una apología del ateísmo, justificado racionalmente y, sobre todo, necesario para el bienestar y la felicidad de los hombres.

Lourdes MAIZ CARRO

KANT, I: *Textos estéticos*. Traducción P. Oyarzún Robles. Ed. Andrés Bello, Santiago, 1983, 363 págs.

La editorial Andrés Bello nos ofrece un volumen en el que se han reunido por primera vez los textos en los que Kant en distintas obras, se ocupó de cuestiones estéticas: *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*, «Crítica de la facultad de juzgar estética». (Primera parte de la *Crítica de la facultad de juzgar*) y por último «Del sentimiento de placer y displacer» (Libro II de la *Antropología*). Con ello los editores han pretendido poner al alcance de los estudiosos todo el pensamiento estético kantiano en un sólo volumen.

Si bien la razón de ser de este volumen es precisamente el reunir estos tres textos que se encuentran dispersos a lo largo de toda la obra del autor, hay que señalar el peligro que ello acarrea. Tanto el segundo texto, «Crítica de la facultad de juzgar estética» como el tercero, «Del sentimiento de placer y displacer» forman parte de dos obras: la *Crítica de la facultad de juzgar* y la *Antropología*. Lo cual nos lleva a plantearnos que tal vez dichos textos pierden parte de su riqueza temática una vez sacados del contexto en el que fueron escritos. La *Crítica de la facultad de juzgar* forma una unidad, un todo, aunque esté dividida en dos partes tan distintas como la estética y la teleología. Es la obra en conjunto la que da respuesta a los problemas teórico-prácticos que llevaron al filósofo de Königsberg a escribirla. Habría sido necesario poder contar en este volumen al menos con la Introducción a la *Crítica de la facultad de juzgar*, donde Kant plantea el sentido de la tercera crítica. Algo similar podría decirse del texto de